

Lic. Seidy Araya
Lic. Flora Ovares
Universidad Nacional (Heredia, Costa Rica)

MARIO SANCHO Y SU PROYECTO DE PATRIA

LETRAS 20-21 (1989)

Durante las primeras décadas del siglo, los escritores costarricenses reflexionan acerca de diversas facetas del mundo americano: lo político, lo cultural, lo institucional y logran una profunda revisión de estos aspectos (1).

Sus planteamientos coinciden con las inquietudes de diversos grupos intelectuales que tratan de definir la especificidad y el destino de nuestra América. Expresan sus inquietudes a través de la búsqueda de una conciencia continental, al mostrar la herencia de un pasado común, la situación de dependencias y la necesidad de unión ante el imperialismo.

Nuestros pensadores mantienen un estrecho vínculo con la tradición ensayística del siglo XIX y permanecen fieles al ideario republicano. A veces, esta fidelidad se expresa en pesimismo, desilusión, anarquismo o posiciones espiritualistas: la pregunta sobre América sigue oscilando entre "el desencanto y la promesa", entre el escepticismo y la conciencia utópica sobre nuestro destino como pueblo.

Al referirse al tema de la democracia, los ensayistas empiezan a romper la imagen ideológica. Denuncian la democracia como mito, como formalidad legal, buscando nuevos valores que la profundicen. De las generaciones anteriores heredan la confianza en la educación en tanto bandera política para lograr la emancipación cultural y acceder a la democracia real.

(1) Para el estudio de esta época confróntese la obra: Flora Ovares y Hazel Vargas, *Trincheras de ideas* (Heredia: UNA, 1982).

Buscan en la raza, en el pasado o en el imperialismo, las causas de la situación que denuncian. Las soluciones que ofrecen muestran además de la confianza en el conocimiento, la educación, fe en el destino mesiánico asignado a la juventud y a los intelectuales, y evidencia un espíritu filantrópico al referirse a los grupos populares.

Hacia la década del treinta este discurso americanista, común a amplios sectores sociales, se empieza a sustituir por el análisis concreto de la realidad económica a la luz de nuevas teorías, políticas, y el antiimperialismo de raíz arielista es reemplazado por el estudio de nuestra dependencia.

La primera reacción conjunta contra la oligarquía, en el terreno de la cultura, se comienza a escindir en posiciones de clase (2). Las reflexiones que surgen en torno a la actividad política y el debate cultural de la época proponen soluciones divergentes a problemas tales como la interpretación de la herencia cultural, la búsqueda de una alternativa dotada de sentido propio, de tipo nacional y popular, y el alcance del papel de América Latina en la lucha antiimperialista.

Las respuestas a estas interrogantes oscilan desde el mesianismo americano hasta el internacionalismo socialista; del nacionalismo de orientación anticomunista hasta la ubicación de lo nacional dentro de la lucha de clases a nivel mundial.

En Costa Rica, diferentes sectores intelectuales conceptualizan los movimientos de protesta y la crisis de valores que acompaña al debilitamiento del régimen oligárquico liberal. Su discurso tiende a detectar y desmitificar la ideología dominante, como respuesta al malestar generalizado en la sociedad ante la decadencia del sistema de valores de la república cafetalera y la incapacidad de la oligarquía de enfrentar la crisis.

La peculiar situación de algunos de estos individuos en la sociedad les permite conocer la cultura europea y norteamericana por me-

(2) Para el estudio de esta época confróntese: Guillermo Castro, "El proceso de la cultura latinoamericana: 1898-1930: José Carlos Mariátegui". Casa de las Américas 118 (enero-febrero, 1980), pp. 9-35.

dio de sus viajes y estudios. A la vez, gracias a sus actividades como profesores, periodistas, escritores o profesionales liberales, pueden conservar una relativa independencia dentro de la actividad económica de la oligarquía. A lo anterior hay que agregar la proximidad que mantienen con los intereses y luchas de los grupos populares y el contacto permanente con otros miembros de su generación de distinta extracción social, como elementos que refuerzan su actitud independiente.

El carácter crítico, radical y cuestionador de sus planteamientos se vigoriza también debido a la independencia que estos sectores guardan en relación con los intereses de clase de los grupos medios, emergentes en las décadas del treinta y el cuarenta. Individuos problemáticos frente a su sociedad, su pensamiento no se halla limitado por intereses muy concretos de ascenso político, como sucederá con la generación posterior. Situados en una época de transición ideológica y socioeconómica, enfrentan de manera crítica un sistema ya ineficaz y caduco históricamente.

La ensayística de estos escritores, entre los que podemos mencionar a Joaquín García Monge, Omar Dengo, Vicente Sáenz, Mario Sancho y Carmen Lyra se mueve durante los años treinta y cuarenta, alrededor de varios núcleos temáticos: desmitificación de los valores de la oligarquía; búsqueda de una identidad nacional que supone el estudio de nuestra historia; reflexión acerca del destino del continente; análisis de las relaciones con Estados Unidos y denuncia del imperialismo; propuestas iniciales de soluciones a los problemas detectados.

Algunos de estos temas se vinculan con las líneas ideológicas del ensayo de las décadas precedentes. Sin embargo el enfoque varía, especialmente en cuanto a las prioridades explicativas, que se desplazan de la indicación de lo moral y ético al señalamiento de las causas históricas y económicas de los fenómenos ideológicos y políticos.

Fundamentalmente en la década de los cuarenta, los ensayistas unen al cuestionamiento de la ideología liberal, el análisis histórico de la decadencia oligárquica, la indagación de las causas de la crisis y el esbozo de soluciones concretas. Sus planteamientos sirven de base a las manifestaciones antioligárquicas de otros sectores, como el repre-

sentado por el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, con cuyas propuestas llegan a coincidir parcialmente.

Tomando en cuenta las tendencias generales del ensayo costarricense en la primera mitad del siglo XX, en este análisis la obra de Mario Sancho se organiza en cuatro temas a saber: el desencanto republicano y la defensa de la democracia, la nostalgia del pasado, el americanismo y el proyecto cultural.

El desencanto republicano y la defensa de la democracia

Mario Sancho se interesa por el análisis profundo de la vida republicana en Costa Rica y en la América Hispánica. Por consiguiente, elabora estudios comparativos entre el desarrollo de las democracias del Sur y del Norte anglosajón, diagnostica los males que aquejan a la república liberal costarricense y hurga en las raíces históricas de la crítica situación sigloventina de nuestra América.

Es posible señalar una curva ascendente del tratamiento del tema de la democracia, que se inicia bajo el signo espiritualista de Ariel y poco a poco, accede a un enfoque de carácter fundamentalmente económico. El tópico citado se abre con una crítica a la dictadura y una apelación a los valores morales como instrumentos de cambio social. Culmina con la demostración del desfase entre el discurso liberal y las prácticas injustas de las sociedades latinoamericanas.

La crítica de la dictadura prevalece en la "Carta a los estudiantes de Derecho" (1918), escrita en Managua, donde a la sazón, Sancho desarrollaba su combate periodístico frente a la tiranía de los hermanos Tinoco. A partir de la evocación de Simón Bolívar, se diseña el planteamiento de que el gobierno despótico interrumpe el proceso hacia la república, impone un régimen de terror y propicia la decadencia moral. Así, el tono ampuloso se asocia con una conciencia sobre el indispensable decoro político. En consecuencia, Sancho explica que el vicio político colonial de la obediencia servil y sin examen a un poder impuesto se reconoce bajo el gobierno tiránico. En ese contexto, las fiestas patrióticas, como la del nacimiento de Bolívar, se vacían de sentido ante el espectáculo de la represión, distante de la teoría democrática enunciada por la Revolución Francesa. Asimismo, la inquietud acerca de las palabras que han perdido su conte-

nido y han convertido en mitos utilizados para favorecer los intereses oligárquicos, es común a Sancho y a otros ensayistas de la época, lo que evidencia el desencanto respecto al sistema liberal.

Posteriormente en sus **Memorias**, comenzadas en 1938, agrega el autor que los estudiantes de leyes no pueden conciliar la falsa legalidad de un régimen de facto, propiciado por los intereses petroleros yanquis y los conservadores locales, con la figura eximia de Bolívar. Se observa, entonces, en el Sancho de **Memorias**, la clara noción del papel de la intervención extranjera en el menoscabo del destino libertario de la nación. En la "Carta..." indica, además, que las prácticas gubernativas han transformado las instituciones republicanas en caricaturas del modelo ideal. Piensa, con Rodó, que la juventud es la llamada a reivindicar los valores espirituales del país y el continente. Exhibe una preferencia por un aristocratismo intelectual y moral, que trata de conciliar con la democracia.

Estos elementos arielistas del mesianismo juvenil y la fe en la élite cultural que debe destruir la mediocridad, desartollar el humanismo y el culto por los valores no utilitarios, se observa también en sus ensayos **Palabras de ayer y consideraciones actuales** (1912) y **La joven literatura nicaragüense** (1919).

En **Costa Rica, Suiza Centroamericana** (1935), obra de madurez, Sancho muestra una noción de la escritura como vehículo de educación cívica. Utiliza su pluma para fustigar las máculas de la democracia liberal y desmitificar los estereotipos vigentes. Señala, entonces, los pecados, que contra la plenitud democrática, cometen los diversos sectores sociales. Expone la tesis de que a la crisis económica corresponde una crisis moral. Por ende, a la par de los juicios de origen ético, se hallan también consideraciones económicas, que ofrecen una visión de conjunto del país hasta 1935.

Naturalmente, la evolución del pensamiento de Sancho desde el arielismo hacia un análisis que toma en cuenta las variables económicas, no muestra únicamente un cambio personal, sino que se respira en las corrientes progresistas de la época. Es una consecuencia de la depresión económica, que afecta el mundo capitalista en los años treinta y acelera la crisis de la república cafetalera. Por otra parte, la I Guerra Mundial y la posguerra se han encargado de romper los mo-

delos y patrones ideológicos imperantes. A la vez, otras experiencias colectivas del primer cuarto de siglo como la Revolución Mexicana y la Revolución Rusa, vista por los intelectuales de la época como un gran experimento social, permiten la percepción de otro marco conceptual, que integra las relaciones económicas al estudio de la vida social.

En este ensayo, Sancho detecta los principales mitos relacionados con la vivencia política y cultural del costarricense. Así, minuciosamente explica cómo las campañas electorales se han transformado en circo y el pueblo ha perdido la confianza en los candidatos de la oligarquía, que se alternan en el poder, sin que ello modifique el sistema establecido. Censura el fraude y la corrupción de los funcionarios gubernamentales, tema muy extendido en la ensayística de esos años. Motivo de preocupación le resulta el gasto público desordenado en beneficio de unos pocos y no del pueblo.

En su proceso desmitificador, el ensayista revisa el comportamiento y los valores de las clases sociales en nuestro país. A la clase adinerada le reprocha la ausencia de sentido de cooperación social, su frivolidad y su ignorancia. Afirma al respecto:

"Ya hemos hecho antes referencia, a la falta de curiosidad y de aptitud intelectivas, esto es, de auténtica cultura, que manifiesta, salvo pocas excepciones, nuestra clase adinerada" (3).

A las capas medias les reclama el consumismo, la mediocridad y el afán de guardar las apariencias. Del campesino afirma que, a través de la historia ha demostrado reaccionar únicamente a los intereses de la religión, y que ha adoptado siempre una actitud pasiva y conformista. Semejante actitud, afirma Sancho, es por demás, explicable debido al abandono que sufre el campesino y también el obrero.

"Imposible que un hombre que vive en la pobreza, mal comido y no pocas veces enfermo, desarrolle interés y gusto en nada, sobre todo si nadie cuida de suscitarlos" (4).

(3) Costa Rica, Suiza Centroamericana. (San José: La Tribuna, 1935), p. 29.

(4) Ibid. p. 34.

"El campesino sabe efectivamente que las cosas no se hacen en atención a su comodidad y a su provecho; que los caminos se hacen, cuando se hacen, si el interés de los grandes así lo dispone; que el puente se coloca sobre el río, no para que él pueda cruzar sobre éste a pie enjuto y sin peligro, sino porque hay necesidad de darle acceso fácil al finquero poderoso" (5).

El autor, al señalar las causas del estado del país, muestra la responsabilidad de los grupos adinerados, ajenos a las necesidades de los otros, e incapaces de pensar en el bien común.

Comprende que los problemas tienen causas económicas y morales, pero las soluciones no se plantean a nivel ético únicamente, sino que incorporan las reformas económicas que ya se perciben como imprescindibles en el país "... buena moneda y una equitativa distribución de las cargas públicas".

A través de todas estas reflexiones, Sancho pone en duda la creencia en una sociedad igualitaria y sin clases sociales; la idea de una gran familia unida alrededor del poder oligárquico representado en un presidente patriarcal; el mito de la vida campesina concebida como idílica y al margen de la explotación.

También pone en tela de juicio la fe en el liberalismo como la fórmula adecuada para el desarrollo de la sociedad. Esta teoría se ha convertido, al igual que el proceso electoral y la cultura, en el ropaje legal de la explotación.

El aspecto cultural también es objeto de un juicio detenido. Sancho, poseedor de una amplia formación humanística, deplora la ausencia de una verdadera cultura nacional y el alejamiento de los ricos de los valores auténticos de otros pueblos. Las clases altas imitan lo superficial y chabacano, la vulgaridad y la desmoralización. Sin embargo, al mismo tiempo, la oligarquía hace derivar parte de su poder de la relación con la cultura europea, al apropiarse del prestigio de ésta. Su dominio aparece así como "el dominio de la cultura, la civilización y el progreso" (6).

(5) *Ibid.*, p. 15.

(6) María Elena Carballo y Otros. *La novela del agro en Costa Rica*. Avance de investigación. (Heredia: Universidad Nacional).

Obsérvense los textos siguientes:

¿En qué se cifra generalmente nuestra admiración por las letras francesas? En lo peor que esa admirable literatura tiene que ofrecernos, en aquello precisamente que decía Ernesto Renan: "sa basse presse, sa petite littérature, ses mauvais petits theatres dont le sot esprit, aussi peu français que possible, est le fait d'étrangers" (7).

"Vayamos con ojos y mente abiertos por los caminos del mundo observando y aprovechando lo bueno de todas partes para volver luego a lo nuestro fortalecidos con el ejemplo de las serias disciplinas, de los arduos esfuerzos y de los ideales que constituyen la grandeza de esas y otras naciones. Sí, volvamos siempre a lo nuestro, estudiemos con amor nuestra lengua, y seamos leales a nuestra ascendencia espiritual. Las piedras itinerarias del camino que se abre ante nosotros son: Costa Rica, América, España" (8).

El análisis de la realidad costarricense de los primeros treinta y cinco años del siglo XX, ataca los elementos centrales de la ideología que justifica al gobierno oligárquico. Señala la desvalorización del lenguaje y las prácticas políticas, que han sido vaciados de sentido y utilizados para velar la fractura de la sociedad liberal.

Por ende, el escritor sanciona la actitud servil frente a modelos culturales extranjeros, fruto de la incapacidad de la clase dominante de proponer una opción nacional.

Al enjuiciar la tendencia de imitar a Europa y a Estados Unidos, Sancho cuestiona las ideas de progreso, civilización y prestigio cultural asociados a lo extranjero, propias de la ideología de la élite cafetalera. Influyen en esta actitud una serie de factores históricos, como la aparición de nuevas formas de dependencia económica en nuestra sociedad y la quiebra de los paradigmas culturales tradicionales a raíz

(7) Costa Rica, Suiza. . . p. 27.

(8) Ibid. p. 28.

de la Guerra Mundial. La Revolución Mexicana y los logros que alcanza en cuanto a una alternativa cultural propia, son también elementos importantes en la conceptualización de una crítica a la ideología oficial.

Asimismo, la época propicia la búsqueda de valores e ideales en nuestra propia historia y la actitud abierta ante el aporte extranjero, dentro de una orientación crítica de raíz martiana.

La nostalgia del pasado

Mario Sancho propone un contraste entre el pasado y el presente a lo largo de toda su ensayística, que muestra un profundo desencanto del presente y a la vez una santidad nostálgica por lo pretérito. Los valores del antaño que recuerda son precisamente aquellos que defendía la oligarquía en su época de auge: previsión, amor al trabajo, justicia, sinceridad, delicadeza, religiosidad sentida, cultura humanística y, sobre todo, defensa de los valores republicanos. (9)

El escritor idealiza una época pasada ante la crisis presente, se siente obligado a cumplir con su labor de intelectual: "la tarea de apuntar faltas y destruir conceptos tradicionales". El pasado, época en la que el hombre de letras tenía algo que decir, se recuerda con nostalgia en un momento en que la voz del maestro y del intelectual se desautoriza con ironía. Sin embargo, la fe en el progreso, en la educación y el afán de guardar los valores republicanos y democráticos, siguen orientando el discurso ensayístico hacia el futuro.

Lo más notorio de esta actitud rememorante es el recuerdo idealizado del Cartago anterior al terremoto de 1910. Algunas de sus mejores obras tienden a reconstruir la belleza y el espíritu de la antigua ciudad. Así para con los textos que publicó en el **Repertorio Americano** entre 1932 y 1933.

Rescata el valor arquitectónico de las construcciones idas. Pero, fundamentalmente le preocupa recuperar ciertos valores de la sociedad de entonces que han desaparecido en su presente. La actitud an-

(9) María Elena Carballo y Otros. *Op. cit.*

te el pasado no es sinónimo de aceptación total, sino que busca en las épocas anteriores los ideales democráticos y republicanos, que se hallan en una profunda crisis en su momento. De manera que del pasado solo le interesa rescatar las costumbres sanas que posibiliten el establecimiento de la república, la consolidación de la independencia y la dignidad de la patria. Así, plantea sus ideas sobre las costumbres de antaño:

"Cierto es que nuestros abuelos vivían con poca comunidad y mucha o demasiada sencillez, pero al menos la austeridad de sus costumbres, la modestia de sus ambiciones, la varonil resignación con que afrontaban los trabajos y las molestias de una existencia bastante primitiva, eran buena escuela para la hechura del carácter, tan buena como son malas disciplinas, lujos y refinamientos, que no riman con nuestros escasos recursos, para la edificación moral de las nuevas generaciones" (10).

Añora por lo tanto, la actitud honrada, sobria y solidaria de los antepasados, que custodiaban la democracia anteponiendo los intereses comunales a la vanidad, la sensualidad y la codicia.

La nostalgia por el pasado es un aspecto más de su frustración republicana y tiende a utilizar la valiosa experiencia pretérita en la construcción de un futuro de justicia social y de afianzamiento de la cultura propia.

El americanismo

Mario Sancho busca en el pasado las raíces de la identidad nacional y continental. En el desarrollo de esta indagación incorpora a su marco conceptual el legado arielista que lo induce a asimilar la historia de Hispanoamérica al proceso cultural europeo. No cae en el eurocentrismo, sino que propone —al estilo de Martí— una disposición abierta y crítica, que permita aprovechar lo bueno en todas partes. Tampoco significa esto un rechazo de lo criollo ni de lo indígena, cuyos aportes valora en la construcción de la cultura de nuestra América.

(10) Costa Rica, Suiza. . . , p. 14.

Al comienzo de su trayectoria literaria, exalta la latinidad frente a la nordomanía. Luego supera las fórmulas ideales y líricas, que postulan la primacía de los valores estéticos y éticos y desconocen la realidad social. Avanza hacia la toma de conciencia de nuestra dependencia, así como de las posibilidades reales de nuestros países en relación con los Estados Unidos. Paulatinamente, los fenómenos espirituales se van enmarcando en la totalidad económico-política. La educación y las tradiciones culturales no se conciben desligadas de la independencia económica ni de la forma de distribución de la riqueza.

Las tendencias rodonianas de los primeros años del siglo XX que permiten a los intelectuales percatarse de la existencia de dos Américas, se manifiesta en los años veinte como una renovación de los ideales bolivarianos de solidaridad continental. Esta ideología americanista y filantrópica es difundida por los sectores medios, que cuestionan la alianza del imperialismo con las oligarquías nacionales. Por ello, los grupos mesoclasistas impulsan, por ejemplo, la Reforma de Córdoba y la fundación de la Alianza Popular Revolucionaria (APRA). El estudio del pasado colonial y republicano en la obra de los ensayistas de la época es una respuesta a las necesidades de afirmación nacional ante los efectos culturales del desarrollo norteamericano.

En los años treinta, a partir de la gran crisis económica del capitalismo, el sentir americanista se acompaña de la conciencia de la dependencia. Surge la temática de América como problema económico-social, no ya como hecho racial y cultural fundamentalmente.

Además, en Centroamérica tienen lugar las invasiones norteamericanas a Nicaragua, que estimulan los cambios de las reflexiones arielistas a otro plano. Dicha intervención levantó fuertes protestas incluso en los Estados Unidos. En "La opinión pública en Norteamérica y los asuntos de la América Latina" (1927) Sancho recuerda la tradición democrática del "pueblo de Washington y Jefferson" y condena el sometimiento que "el imperialismo plutocrático" infiere a Nicaragua.

En 1933 aparece en *Repertorio Americano* el ensayo "Los millonarios y la crisis", que sirve de epílogo a una disputa entre Octavio

Jiménez (Juan del Camino) y Mario Sancho. Aquí, el ensayista alude a sus anteriores reflexiones acerca de la sociedad industrial, la mecanización y el especialismo.

Al referirse al desarrollo de su propio pensamiento, resume también las oscilaciones de una parte de la ensayística latinoamericana en lo relativo a la validez del modelo norteamericano en el desarrollo cultural de nuestra América.

En un primer momento, la crítica a los Estados Unidos se centra en el rechazo a la automatización, a la especialización y a la ausencia de ocio creador, entendidas como condiciones alienantes de los grupos obreros ("A propósito de la civilización maquinística", 1929).

Sin embargo, la falta de consistencia del planteamiento arielista, el carácter vago e impreciso del idealismo "sin base ni programa" que alienta esta posición, unidos al asombro ante los avances científicos y materiales de los Estados Unidos, lo llevan a concebir cierto tipo de entusiasmo ante el espectáculo del progreso y la riqueza. Sancho se contagia del optimismo reinante en los años anteriores a la crisis; admira una teoría económica que transforma el mundo.

A la sorpresa ante los aspectos materiales de la civilización norteamericana, se suma una confianza en la moral del trabajo que encuentra en esa sociedad. Completa este juicio la fe en la filantropía de los millonarios y los empresarios, en quienes reconoce dotes de generosidad y preocupación por sus semejantes. Esta actitud se percibe en varios ensayos, aparecidos en **Repertorio Americano** y posteriormente publicados en **Viajes y Lecturas**: "El solitario de Pocántico" y "Henry Ford" (1929); "Todavía más sobre Rockefeller" y "Otra vez Ford" (1930).

La crisis mundial del capitalismo, sin embargo, termina bruscamente con cualquier tipo de optimismo y posibilita un acercamiento al sistema capitalista que vislumbra mejor los mecanismos económicos profundos. Lo anterior puede ilustrarse con la descripción de la crisis que Sancho ofrece en su ensayo de 1933.

"Los mercados extranjeros fueron cerrándose al comercio americano, y el doméstico pronto llegó al punto que los econo-

mistas llaman de saturación. Las fábricas organizadas para la producción en masa no podían seguir trabajando como antes porque sus productos no hallaban salida, dentro ni fuera del país". (11).

En la descripción de la crisis, al ensayista le preocupa resaltar la suerte de los obreros y los trabajadores en general. El verdadero sentido de la filantropía se le revela claramente. Denuncia la ambición y el egoísmo de los "filántropos"; comprende que se halla ante el enfrentamiento entre los obreros y los patrones. El juicio moral de este hecho no desaparece, pero no se refiere ya al comportamiento de individuos aislados, sino que interpreta las tensiones de las clases sociales:

"... la suprema batalla contra los nuevos Pitones de la Codicia: el Trust, la Banca, la Fábrica, explotadores inmisericordes de las fuerzas humanas detentores de la riqueza; contra los barones del aceite, del acero y del carbón; contra los Morgan, los Mellon, defraudadores del trabajo común, de la confianza pública y de las contribuciones del Estado" (12).

Su idea de América como problema se observa también en **Vicisitudes de la Democracia en América** (1944), conferencias dictadas por medio de la estación radial "La Voz de la democracia" y dirigidas a los jóvenes del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales. Señala las variables económicas, políticas y sociales que han conformado la vivencia hispanoamericana de la democracia. Este ensayo constituye un análisis profundo de los contextos del sistema de gobierno en nuestra América desde la época colonial hasta finales de la II Guerra Mundial. El texto, como muchos del período, cumple un objetivo didáctico y de lúcida crítica sobre la situación social imperante y sus causas históricas.

Sancho indica la necesidad de diseñar las medidas políticas pertinentes, que conduzcan a una democracia plena, no solo en el sentido de los derechos políticos, sino principalmente de los derechos económicos y sociales del pueblo. Exclama, por ejemplo:

(11) Mario Sancho, "Los millonarios y la crisis". *Viajes y lecturas*, p. 178.

(12) *Ibid.*, p. 182.

"Y aquí tenemos ya la primera de cuantas vicisitudes padece nuestra democracia: servir sólo de estribillo a la arenga vacua o al editorial altisonante. Pocos son, en efecto, entre nosotros los que se ocupan seriamente de estudiar y meditar sobre ella" (13).

En el momento en que una nueva generación escribe en *Surco* ensayos de tinte nacionalista, conserva Sancho la inquietud de los escritores de los años veinte acerca del destino continental. Por consiguiente, engarza su análisis de la vida costarricense en un estudio más abarcador y explicativo. Se aparta de la visión descriptiva y sincrónica de los males sociales y emprende un examen diacrónico.

Parte de un moderno concepto de que la historia está hecha por los grupos sociales y no es un inventario de las acciones individuales de los gobernantes, concepto que comparten tanto los ensayistas reformistas, como los marxistas. Explica su propósito en estos términos:

"Así, en vez de ocuparnos por ahora de describir los males de que adolece (sic), tratemos de buscar el origen de esos males, guardándonos, lo mejor que podamos, de ver en estas cuestiones nada más que las causas inmediatas y locales, que éste es otro error muy generalizado en nuestras democracias: el de atribuir a un acontecimiento aislado, o a lo mejor a una sola persona, la culpa o el mérito de cosas que son el resultado de un largo proceso económico e histórico" (14).

Señala los peligros de la noción individualista de la historia, su tendencia al mesianismo, que desemboca en el culto al hombre fuerte o caudillo, el cual perpetúa el poder oligárquico y el atraso económico. Esta idea es central en la crítica socialdemócrata y comunista sobre los partidos personalistas tradicionales.

Sus palabras, que tienden como el resto del ensayo de 1930-1950, a destruir los mitos sobre la democracia costarricense, denun-

(13) Mario Sancho, *Vicisitudes de la democracia en América* (San José: Trejos Hermanos, 1944), p. 5.

(14) *Ibid.*

cian los vicios políticos del fraude y la dictadura que el país comparte con Centroamérica. Recuérdese que experimentó personalmente la tiranía de los hermanos Tinoco.

La hipótesis que este ensayo sostiene es que las causas básicas de los males de la democracia son el régimen de la propiedad y el sistema productivo en América Latina, idea que supera la narración factual y busca las interpretaciones de los hechos. Sancho adelanta el diagnóstico de que hay supervivencias feudales en el agro, donde en sistema de cacicazgos mantiene la explotación servil del campesino, el atraso y el monocultivo. Su actitud es antioligárquica. Propone la unidad de las clases medias, los intelectuales y los marginados en una lucha contra el latifundio y la casta comercial importadora, aliados del imperialismo. Definitivamente, la idea del proletariado como vanguardia de la lucha de clases, no aparece en el texto. Se acerca más al planteo reformista del APRA (Alianza Popular Revolucionaria), al cual califica como partido "decente" y también a la ideología de la Revolución Mexicana de 1910, que despierta sus simpatías. Obsérvese su actitud antioligárquica:

"Y así hemos vivido y seguimos viviendo en esta nuestra América, sometidos en mayor o menor grado a lo que alguien ha llamado cesarismo democrático. Repúblicas de nombre, pero dictaduras de hecho. Dictaduras cual más cual menos, entendiéndose, claro está, por dictadura, no únicamente el régimen del terror que encarcela, destierra y mata, sino también el régimen oligárquico que detenta el poder político a la vez que el económico, gobierna al gusto y provecho de unos pocos en detrimento de los más y constituye en el fondo una tiranía egoísta, aunque no se ejerza con desmanes y hasta conserve las ritualidades del sistema democrático" (15).

Mario Sancho comprende que la Independencia consagró los ideales de la democracia política, pero aún está por alcanzarse la democracia social y económica, que brinda al pueblo salud y educación cívica. Se inserta en la tradición civilizadora de Domingo F.

(15) *Ibid.*, p. 28.

Sarmiento, en lo relativo a su anhelo de progreso, pero sobre todo de progreso social. En la línea de Manuel González Prada, José Martí y José Mariátegui explica los sufrimientos del indio, en su calidad de esclavo agrícola.

Señala por ende, la diferencia entre la democracia formal, que practica el ritual del voto y la democracia social, que debe eliminar la explotación feudal del campesino. Por eso, su concepto de dictadura, implica no solo un régimen de terror, sino se refiere también al régimen oligárquico representativo.

Constantemente, se acude al cotejo entre América Latina y los Estados Unidos, para señalar las diferencias en su evolución histórica. Ha quedado atrás el razonamiento arielista —aún más, el término hispanidad se vuelve sinónimo de fascismo— y es sustituido por el económico.

Se observa una fuerte inclinación por la política del "New Deal" del Presidente Franklin D. Roosevelt y el Vicepresidente Wallace, el último llamado por los centristas "filósofo" de esa política.

"que entienden nuestros problemas y saben que ayudándonos a resolverlos contribuyen a la promoción de la democracia y a la consolidación de la unidad continental" (16).

Inclusive, cita a Roosevelt, señalando el fundamento económico de la democracia y la independencia económica como requisito de la política.

Coyunturalmente, Sancho manifiesta su apoyo a la legislación social del 40, pero le parece insuficiente. Además, critica la banca privada, los impuestos indirectos y observa la necesidad del Servicio Civil, temas omnipresentes en la ensayística de la época.

Apoya la libre expresión de las ideas republicanas liberales o de izquierda.

(16) Mario Sancho. *Costa Rica, Suiza Centroamericana*, p. 35.

Espera una elevación del nivel de moralidad de clases altas y de la calidad de vida de las clases populares.

El análisis académico de Sancho representa en este momento un antecedente del pensamiento social demócrata porque igual que los ensayistas del Centro, reprocha a la oligarquía cafetalera el haber abandonado su papel activo en la modernización del país para replegarse a gozar de los privilegios adquiridos. Pide la eliminación del latifundio —resulta más radical que los centristas—, del monocultivo y el caudillismo. Propone la armonía de las clases subalternas contra la oligarquía, definida como el enemigo común. Exige suprimir la corrupción electoral, pero sobre todo aboga por la vivencia de la democracia económica y social. Desea una tecnificación del aparato estatal mediante el Servicio Civil y mayor justicia tributaria. Apela a valores morales, como catalizadores del cambio social. Se inspira en la Revolución Mexicana, en la labor del APRA y en el New Deal norteamericano. Estos problemas y sus posibles soluciones se convertirán en programa político del CEPN, del Partido Social Demócrata y de Liberación Nacional.

Conserva, sin embargo, el enfoque continental, caro a los escritores de los años veinte.

El pueblo español

La idea de hispanidad se desarrolla y enriquece en nuestras letras de acuerdo con la evolución de nuestra realidad social. La Independencia trajo la certeza de que la herencia cultural española era un lastre en el proceso de consolidación de las repúblicas. La emancipación cultural frente a España debía complementar la empresa política. Tanto los hábitos y modelos mentales como las instituciones remitían a un pasado de opresión que se empeñaba en persistir; "La colonia continuó viviendo en la república". Otras paradigmas, esta vez inspirados en las experiencias de los pueblos europeos y norteamericanos, se instauran en el esfuerzo por vencer el espíritu feudal y la incapacidad de ejercer la libertad que se conceptuaban como herencia de España.

Los acontecimientos políticos de fin de siglo demostraron la agresividad del "vecino formidable", ya presentida por Bilbao y Mar-

tí. El retorno a la idea de comunidad con el mundo ibérico, que se ubica como prolongación del espíritu latino, lleva a la reconsideración de la colonia, del pasado, y a veces incluso propicia anhelos de retorno a formas superadas.

Mario Sancho habla muchas veces sobre España y la herencia española. Insiste en señalar el legado cultural de la colonia, sin dejar por ello de indicar la permanencia de hábitos nocivos que él considera comunes a nuestros pueblos y a España.

El sentimiento de pertenencia a una comunidad heredera de los defectos y virtudes de España le hace aproximarse al conocimiento de la cultura española. Descubre así el carácter popular y democrático de esta tradición. La lucha del pueblo español lo lleva a comprender en **Memorias** que la originalidad de España no está en los frailes y toreros sino que es una potencia interior.

El pueblo español (1937) es una apasionada defensa de la República, donde Sancho recuerda las luchas de este pueblo por la democracia. Demuestra cómo la verdadera tradición española está en el pueblo, no en los reyes ni en los ricos. Por eso, la República es la expresión de la verdadera España.

Mario Sancho va más allá de la imagen pintoresca de España y analiza las asperezas e injusticias de la vida campesina. Explica los rasgos del atrasado e inicuo régimen agrario, de la incompetencia de la burguesía y del olvido en que los monarcas han sumido al pueblo. Este, sin educación formal y en la miseria, le parece sin embargo sencillo, discreto, respetable e inspirador de las letras y las artes apasionadas de España. Rescata los ideales de los Comuneros de Castilla y las Justicias de Aragón, tradiciones que opone al estado totalitario.

Consecuente con su decisión de aproximarse a las causas populares, Sancho, al igual que Vicente Sáenz, García Monge y otros, participa en la defensa de la República a través de la prensa. Señala la falta de conocimiento y estudio que lleva al pueblo a creer en la propaganda tendenciosa. Censura la actitud del clero, que justifica la violencia de los insurrectos y critica la simplificación en la Guerra Civil que se da en la opinión cartaginesa en "La Guerra Civil española vista desde Cartago" (1936).

La noción de hispanidad se torna más amplia y democrática, la defensa de España en la identificación con el pueblo trabajador y los intelectuales progresistas. El hispanismo se diluye en internacionalismo y se acrisola en las luchas de la España proletaria.

El ideario cultural

La inquietud por la educación y la cultura, entendidas como parte del ejercicio de los derechos espirituales del ser humano, ha sido una constante en el desarrollo de la ensayística latinoamericana. El significado político y patriótico de la educación aparece temprano en nuestras letras. Los escritores se proponen liberarse de todo vasallaje mental, rechazan la herencia ideológica de la colonia y proponen la emancipación cultural como requisito para acceder a formas más desarrolladas de ordenamiento político. El republicanismo y el liberalismo se convierten en banderas ideológicas, en programa para educar al hispanoamericano: la lucha por la emancipación mental es una lucha política.

Más adelante, ante la anarquía postindependentista, que es interpretada por nuestros escritores como producto de la tensión entre el espíritu colonial y el anhelo de modernidad, la educación aparece de nuevo como respuesta que haría posible las ideas de progreso. El positivismo se adopta como doctrina educativa para formar un nuevo tipo de hombre, capaz de romper con el pasado y de instalar un orden distinto.

El modernismo y las corrientes arielistas subrayan la importancia de la educación como lugar de resistencia de los ideales y los valores no utilitarios del hombre. Consideran que el conocimiento de nuestras raíces revitalizará la fe en la latinidad y la posibilidad de oponer nuestras ideas al avance anglosajón. El intelectual, el mejor preparado, la élite cultural estaría llamada a constituir una "democracia del espíritu y de la inteligencia": el poder en manos de los mejores, que serían los llamados a educar al pueblo.

En nuestro país se detecta también una línea de pensamiento que se sustenta en la confianza en la educación como elemento transformador. García Monge dirige sus esfuerzos a la creación de una opi-

nión pública inteligente, de una real libertad de pensamiento que posibilite el ejercicio de la libertad política y la democracia. Se aparte de los aspectos aristocratizantes del legado rodoniano y ofrece un modelo pedagógico de carácter popular.

Omar Dengo ve en la enseñanza un instrumento de creación del futuro, una vía para transformar al hombre y a la sociedad de acuerdo con valores esenciales. Vicente Sáenz insiste en el significado político de la educación, en sus posibilidades concretas de oponer resistencia al avance de la fuerza representada en el tirano y en el imperia-lismo.

Mario Sancho, por su parte, aunque no elabora un proyecto educativo formal, como lo hacen Dengo, Carmen Lyra o García Monge, comparte la confianza en la educación como base del mejoramiento individual y de la regeneración política.

Le preocupa la situación del campesino, que, aunque acude a la escuela unos años, cae otra vez en la ignorancia, pues vive sin libros ni periódicos, sin asistencia educativa. Pero tampoco el bachiller adquiere el hábito de la lectura. Censura la pedagogía memorística, que no enseña los métodos científicos ni el examen crítico de los fenómenos y perjudica así la formación ciudadana. La clase alta que viaja no sabe, tampoco, beber los valores auténticos de la sociedad europea o norteamericana, sino que imita lo superfluo.

En sus reflexiones sobre este tópico, hace hincapié sobre la ausencia de espíritu crítico y de verdadera cultura en nuestra sociedad. Afirma que el costarricense cree conocerlo todo sin análisis y que esta actitud suficiente es fruto de su negligencia e ignorancia.

Concibe, en la línea polémica de González Prada, que el periodismo debe constituirse en cátedra y que es deber del periodista despertar al pueblo, guardando la verdad de las ideas.

Heredia, 1984.